



Análisis Económico

ISSN: 0185-3937

analeco@correo.azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad

Azcapotzalco

México

Cue Mancera, Agustín

El inicio del keynesianismo en EUA, una reconstrucción

Análisis Económico, vol. XVII, núm. 36, segundo semestre, 2002, pp. 57-77

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41303602>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El inicio del keynesianismo en EUA, una reconstrucción

*Agustín Cue Mancera**

Introducción

El propósito del artículo es exponer, de manera sucinta, algunos de los principales acontecimientos intelectuales que marcaron el advenimiento durante los años treinta del pensamiento keynesiano en Estados Unidos. Se analiza la importancia de una nueva generación de jóvenes keynesianos que realizaron estudios de economía en Cambridge, Inglaterra y a su vez encontraron en Cambridge, Massachusetts, el campo propicio para “evangelizar” a decenas de nuevos economistas. Estos economistas “misioneros”, pertenecientes a las universidades de Harvard y de Tufts, impulsaron con sus enseñanzas el pensamiento keynesiano, no sólo en la academia, influyeron también en la política económica representada por Washington.

En la reconstrucción de este proceso, se destaca la importancia del seminario de política fiscal de la Universidad de Harvard, dirigido por Alvin H. Hansen, como semillero de varias generaciones de economistas que aprendieron a pensar y a ejecutar ese instrumento de la política económica sobre bases muy diferentes a las conocidas por los economistas de décadas anteriores.

En lo que se refiere a la llamada tercera revolución keynesiana, es decir, la revolución pedagógica, se aclara el error, prevaleciente entre muchos economistas, que consideran a Paul Samuelson como el autor del primer libro sobre economía básica escrito desde la perspectiva keynesiana, cuando en realidad el mérito le corresponde al profesor Lorie Tarshis, economista de origen canadiense.

A pesar del carácter breve de la reconstrucción que exponemos, quedaría incompleta si no se presentara también la airada respuesta de la derecha estadouni-

* Profesor-Investigador del Departamento de Economía de la UAM-Azcapotzalco.

dense ante la aparición de las ideas keynesianas, en especial en la vida académica de un gran número de universidades estadounidenses. En este aspecto, el artículo hace referencia a los ataques dirigidos por la derecha hacia el texto del profesor Tarshis, el cual terminó desechado por un gran número de universidades que inicialmente lo habían adoptado.

El artículo incluye un apartado en donde se exponen, de manera general, tanto el modelo prekeynesiano básico de la economía, como las correcciones y las críticas que realiza el nuevo modelo keynesiano. Debido a la finalidad de este trabajo, no se discute si este modelo corresponde o no a lo que verdaderamente quiso decir Keynes, o si el “modelo prekeynesiano” es una representación justa o no de lo que dijeron los economistas “clásicos”. Lo que se pretende en este aspecto, es exponer las principales ideas que los economistas de esta corriente, en su primera época, tenían en relación con los dos modelos de la economía que hemos mencionado anteriormente.

En lo personal, este artículo es una aportación que pretende servir de punto de partida para un estudio dedicado a la revolución pedagógica keynesiana, en la que se comparen libros de texto prekeynesianos con la obra de Lorie Tarshis de 1947 y el texto también keynesiano de Paul Samuelson de 1948. Destaca en este punto la importancia del profesor Lorie Tarshi, su papel como pionero de la “pedagogía keynesiana” y su formación como keynesiano de izquierda, finalmente, el que su obra sea desconocida por un gran número de economistas contemporáneos.

Todo intento de reconstrucción es, en cierta medida, un ejercicio intelectual arbitrario, en el cual de manera inevitable están presentes los juicios y prejuicios del autor, así como sus preferencias y aversiones, ya que se enfrenta a la tarea de escribir sobre el pasado con los ojos del presente. Lo anterior no significa en modo alguno que intentar reconstruir los hechos del pasado carezca de relevancia, y se pueda decir respecto de ellos “cualquier cosa”, es decir, que todo lo que se afirme sea igualmente válido o inválido. Afortunadamente, existen reglas de razonamiento comunes a los seres humanos y acontecimientos verificables, por ello, el intento de reconstrucción se vuelve posible y potencialmente útil para otros estudiosos del tema.

De esta forma el presente artículo es un tentativa para recrear el intenso ambiente intelectual que permeaba la actividad de los primeros keynesianos y los obstáculos que enfrentaron en su fase inicial; es también una invitación a profundizar en otros materiales incluidos en la bibliografía, la aventura intelectual que supone construir una forma diferente de concebir la economía, con independencia de la apreciación que se tenga sobre lo que se ha llamado la revolución keynesiana.

1. El seminario de política fiscal de la Universidad de Harvard

Uno de los acontecimientos académicos que impulsan de manera decisiva la llegada del keynesianismo a Estados Unidos, lo constituye el famoso seminario de política fiscal de la Escuela de Graduados de Administración Pública de la Universidad de Harvard. Esta escuela, también conocida de manera informal como la Escuela Littauer, inicia sus actividades en el otoño de 1937, y origina una serie de acontecimientos que ilustran el ambiente de efervescencia intelectual en el que se discutieron los aportes de la llamada revolución keynesiana.

Correspondió al profesor Alvin H. Hansen, de la Universidad de Minnesota, dirigir el seminario de política fiscal, infundiéndole toda la dedicación y pasión propia de un académico maduro convertido tardíamente al keynesianismo. El seminario contó además con la participación del profesor John H. Williams, primer Dean de la Escuela Littauer en esos años.

En 1937, año de la fundación de la escuela y del propio seminario de política fiscal, la economía estadounidense había logrado recuperar, no sin tropiezos, el nivel de producción total correspondiente a 1929. Sin embargo, al comenzar el año académico 1937-38, la economía estadounidense sufrió un severo retroceso. La producción industrial experimentó una disminución del 30% en sólo cuatro meses, una de las más rápidas ocurrida en esa nación. Estos acontecimientos económicos enmarcaron las discusiones del seminario, y en el cual sus participantes debatían sobre las medidas de política económica más adecuadas para lograr una recuperación, sostenida y perdurable, de la economía estadounidense.

La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero había sido publicada apenas en 1936, y para septiembre del año siguiente se debatía con vigor en los círculos académicos de la Universidad de Harvard. La resistencia a las ideas keynesianas no se hizo esperar, aflorando múltiples discrepancias relativas tanto a aspectos teóricos como a la política económica. El ambiente intelectual del Departamento de Economía de Harvard se encontraba personalizado en las ideas contenidas en un libro de ensayos denominado *The economics of the recovery program*, publicado en 1934. En esta colección de ensayos, se vertían las ideas convencionales que chocarían frontalmente con los planteamientos keynesianos. Los autores fueron Douglas Brown, Edward Chamberlain, Seymour Harris, Wassily Leontief, Edward Mason, Joseph Schumpeter y Overton Taylor.

En suma, la fundación del seminario de política fiscal de la Escuela de Graduados de Administración Pública de la Universidad de Harvard, coincide con tres acontecimientos decisivos: la incisiva polémica en torno a las ideas de la *teoría*

general de Keynes, los importantes tropiezos de la recuperación económica y la presencia del profesor Alvin H. Hansen en dicha universidad.

La orientación del seminario privilegiaba los temas de política económica que con frecuencia estaban vinculados a los acontecimientos del momento, afectando a la economía nacional o al entorno internacional. Durante sus primeros años, las discusiones se centraban en temas como la función consumo y el multiplicador del gasto, así como en el papel del gasto de inversión y del sistema impositivo en la recuperación económica. Al desatarse la Segunda Guerra Mundial, el énfasis del seminario se desplaza hacia la discusión de los problemas asociados a la conflagración, primero, respecto al financiamiento de los gastos de defensa, y más tarde, cuando Estados Unidos se incorpora a la contienda, al financiamiento del esfuerzo bélico mismo.

Conforme la posición de las naciones aliadas se fortaleció y adquirió confianza la idea del triunfo, la orientación del seminario abarcó temas vinculados con la situación de la economía estadounidense en los primeros años de la posguerra. Se hacía presente la preocupación de que la economía nacional podría sumergirse en una depresión, al disminuir el gasto del gobierno con propósitos bélicos y lo que significaba el regreso al país de los millones de soldados que se encontraban en Europa y Asia. En otras palabras, se discutía si la cuantía de activos líquidos acumulados por el público estadounidense durante la guerra, en forma de bonos gubernamentales, sería suficiente para financiar la demanda insatisfecha de bienes de consumo. Los participantes del seminario, razonando en términos keynesianos, consideraban que en caso de ser insuficientes los fondos líquidos disponibles, la economía dejaría de funcionar en el nivel de pleno empleo y podría deslizarse hacia una depresión profunda. En consecuencia, el activismo gubernamental se proponía como el instrumento más poderoso para garantizar el mantenimiento del pleno empleo. En este aspecto debe recordarse que el pleno empleo no consiste en la ocupación de la totalidad de la fuerza laboral. La existencia del desempleo friccional, como condición necesaria del buen funcionamiento del sistema económico, implica que el pleno empleo sea siempre menor al 100% de la fuerza laboral.

En el campo de los asuntos internacionales, el seminario prestó gran atención a los problemas derivados de la recuperación de las economías europeas devastadas por la guerra, en especial centró su interés en las características del Plan Marshall. Una limitación notoria en actividades, por lo menos durante su primera década de existencia, es la escasa importancia conferida a los problemas del crecimiento de los países menos desarrollados. La explicación de lo anterior, y que nos da una buena idea del peso que tenían los dos líderes del seminario, podría encontrarse simplemente en que tal temática (la de cómo lidiar con el subdesarrollo),

estaba ausente en lo fundamental de las inquietudes intelectuales de Alvin H. Hansen y de John H. Williams.

El seminario tenía dos tipos diferenciados de sesiones. El primero involucraba a estudiantes que eran miembros del seminario y a profesores jóvenes, quienes se reunían para escuchar y discutir ensayos elaborados por los propios estudiantes o para discutir materiales avanzados propuestos por Hansen o por Williams. En el segundo tipo de sesiones se escuchaban y discutían las ideas de conferencistas externos. Posteriormente, como ocurre en muchas reuniones de intelectuales apasionados por las ideas, se realizaban convivencias, en donde informalmente, la discusión de los temas era abordado.

Las discusiones finalizaban a altas horas de la noche, cuando los miembros del seminario y los conferencistas invitados habían recibido el necesario estímulo intelectual para continuar sus tareas académicas habituales. Respecto de los conferencistas, eran funcionarios del gobierno que trabajaban temas de interés para el seminario, académicos provenientes de otras universidades, o bien personas destacadas del sector privado interesados en la política económica.

Conforme el seminario se desarrollaba y se adquiría experiencia, sus dirigentes contemplaron la conveniencia de realizar actividades conjuntas, con otros seminarios de la Escuela Littauer. De esta manera, el seminario se reunió en sus primeros años con el de procesos administrativos y con de políticas de precios. Posteriormente, se incrementarían los contactos con el famoso seminario de relaciones económicas internacionales, dirigido por los profesores Gottfried Haberler y Seymour Harris.

De los dos conductores del seminario de política fiscal, Alvin H. Hansen y John H. Williams, el primero aparece, ante los ojos de sus miembros, como el líder indiscutible. Éste concentraba su atención y capacidad en la difusión y perfeccionamiento de los planteamientos keynesianos de política económica, mientras que el profesor Williams era escéptico y cauto con muchos de dichos planteamientos, al mismo tiempo que diversificaba actividades como funcionario del gobierno y del Banco de la Reserva Federal de Nueva York. Sin embargo, su colaboración fue fructífera y su amistad se consolidó con el paso de los años.

El seminario constituyó un medio decisivo de difusión de las ideas keynesianas en Estados Unidos, así como el campo propicio para el desarrollo de ideas y conceptos nuevos. Como ejemplo del desarrollo de conceptos novedosos, Paul Samuelson presentó en el seminario sus artículos sobre las interacciones entre el multiplicador y el acelerador. De la misma forma, Evsey Domar expuso sus primeras e importantes ideas en torno al crecimiento económico. Finalmente, como consecuencia del ambiente intelectual keynesiano propio del seminario, apareció

un libro titulado *An economic program for american democracy*, escrito por siete economistas pertenecientes a las universidades de Harvard y de Tufts, al cual nos referiremos a continuación.¹

2. A la búsqueda de un programa económico

El texto se convirtió en el manifiesto de un grupo de jóvenes economistas que representaba las nuevas ideas keynesianas y al controvertido *New Deal* estadounidense. El libro indicaba expresamente la coautoría de siete economistas pertenecientes a las universidades de Harvard y de Tufts, al tiempo que señalaba otros cuatro autores, quienes también habían participado en su elaboración pero habían optado por omitir sus nombres. La razón para proceder de esta manera fue que era inconveniente para ellos, debido a su participación, o la posibilidad de hacerlo, en funciones gubernamentales.

De acuerdo con la descripción que James Tobin hace de quienes elaboraron el libro mencionado, Richard Gilbert era un teórico y un docente de gran talento cuyas ideas respecto de las funciones de la moneda y la banca se mantienen muy actuales, a pesar del largo tiempo transcurrido. Desarrolló una carrera distinguida en Washington, se involucró en diversas actividades empresariales y desafortunadamente no logró desplegar su potencialidad como economista académico.

Los hermanos Sweezy, Allan y Paul, ya eran marxistas en esa época y su ideología actuó en detrimento de sus futuras carreras académicas y profesionales.² Tobin recuerda que el curso que impartió Paul Sweezy sobre la teoría económica del socialismo fue uno de los mejores cursos de licenciatura que él tomara. Tanto Paul como su esposa, Maxine Yapple, quien también fue coautora del libro que se comenta, intentaban integrar a Keynes y a Marx, y esta influencia se percibe en algunas páginas de dicha obra.

El cuarto autor fue Arthur Stuart, vinculado con Harry Dexter White en el Departamento del Tesoro, y quien tuvo una corta carrera profesional debido a la represión macarthyista. El siguiente autor fue George Hildebrand, quien recorrió en su trayectoria diversos centros educativos e instituciones como Wellesley, el Congreso de Organizaciones Industriales, la UCLA y Cornell. Tobin señala que Hildebrand no fue el único de los autores que, a la vuelta del tiempo, se alejara de

¹ La descripción de primera mano del seminario de Hansen proviene de las notas de Walter Salant, contenidas en Hamouda y Price (1998).

² Allan Sweezy no firmó el libro, pero parece apropiado mencionarlo junto con su hermano, por las similitudes de pensamiento que desarrollarían a lo largo de sus vidas.

los planteamientos contenidos en el libro y adoptara una posición mucho más conservadora. El sexto autor, John Wilson, se convirtió en un economista vinculado a la empresa privada y llegó a ser vicepresidente del Chase Manhattan Bank. El séptimo autor, el profesor Lorie Tarshis, de quien haremos extensa referencia más adelante, era el único que no pertenecía a Harvard, sino a la Universidad de Tufts, y fue, según Tobin, quien tuvo la trayectoria más distinguida y productiva como economista.

Los cuatro economistas que consideraron inapropiado firmar el libro fueron Walter Salant, Emile Despres, Allan Sweezy y Moses Abramowitz. Los dos primeros fueron importantes impulsores y difusores del pensamiento keynesiano a lo largo de sus respectivas trayectorias, al tercero ya nos hemos referido en párrafos anteriores, y del cuarto Tobin señala que pudo haber evitado que su nombre apareciera, más por falta de convicción en lo que ahí se planteaba, que por genuinas consideraciones de conveniencia laboral.

Respecto al mensaje que transmitía el texto referido, éste diagnosticaba la crisis económica que enfrentaba la economía estadounidense en ese momento, como una en donde se había agotado la larga fase expansiva del capitalismo, que había tenido una duración de ciento cincuenta años, y que ahora entraba en una situación crítica, la cual años más tarde, se denominaría como “estancamiento secular”. Es decir, se afirmaba que las condiciones virtuosas en que el crecimiento económico era autosostenido había llegado a su fin. Hasta ese momento el crecimiento había generado suficientes oportunidades de inversión capaces de absorber el ahorro nacional y de emplear productivamente a la fuerza laboral. Los recursos naturales habían sido abundantes y el gobierno había tenido éxito en promover la explotación de los mismos a par de la empresa privada.

Para los autores del libro esa fase se había agotado, por lo tanto, para continuar con el crecimiento económico y con el pleno empleo era necesario, de ahí en adelante, hacer intervenir al gasto gubernamental deficitario financiado con empréstitos. Se lanzaba un llamado a desechar lo que se consideraba como “preocupaciones falaces” respecto de la deuda pública, la inflación y el sistema impositivo, y a enfrentar con decisión la necesidad de una gestión activa del nivel agregado del gasto por parte de la autoridad federal. En suma, se proponía llevar a cabo una política fiscal de corte expansivo, lo cual concordaba con la dirección de la política que en esos momentos aplicaba el gobierno de Roosevelt, asesorado por keynesianos como Lauchlin Currie, Marriner Eccles y otros.

An economic program for american democracy centraba su mensaje en la necesidad del gasto gubernamental para el desarrollo y la protección de los recursos naturales, la electrificación, la vivienda, la educación y la salud, los ferrocarriles

les y las autopistas. Asimismo, promovía la ampliación de los sistemas de seguridad social, aunque no planteaba ninguna redistribución radical del ingreso ni de la riqueza. En lo que respecta a la propiedad pública, la aceptaba para los ferrocarriles y para algunos otros “monopolios naturales”. Se mostraba partidario de la regulación federal de los salarios, y de la intervención en aspectos tales como la duración de la jornada laboral y otras condiciones de trabajo. Finalmente, era partidario de la legislación del *New Deal* concerniente a la constitución de sindicatos y a la negociación colectiva de los derechos laborales.

De acuerdo con la visión retrospectiva crítica de keynesianos como James Tobin, el mensaje perdurable de la economía keynesiana no es su diagnóstico del estancamiento secular, como se sostiene en *An economic program for american democracy*, sino percibir el severo y poco usual fenómeno depresivo de los años treinta como uno producido por la gran incompetencia de los gobiernos y de los bancos centrales para estabilizar al gasto agregado en el nivel del pleno empleo. Al poco tiempo de la publicación de este manifiesto se escribieron tres reseñas. La primera, de Eli Ginzberg mostró un apoyo moderado a sus planteamientos y se publicó en *Saturday Review*; la segunda, de Harry Gideonse, trató con desdén su contenido y apareció en *Political Science Quarterly*; la tercera, de la *American Economic Review*, fue escrita para cumplir una formalidad y eludir una toma de postura respecto de las ideas.³

3. El pensamiento keynesiano y la subversión de una época

Es difícil creer que en alguna época la teoría keynesiana, y la política económica derivada de ella, pudieron ser percibidas como planteamientos subversivos, y suscitar enconos semejantes a los encontrados por el planteamiento de la transformación comunista de la sociedad. Desde la perspectiva de los movimientos sociales de los años sesenta y setenta, libros utilizados como texto de economía básica, el *bestseller* de Paul Samuelson por ejemplo, fueron considerados como una defensa del “estado de cosas prevaleciente”, incluso este texto suscitó una crítica detallada de algún crítico vehemente.⁴ Sin embargo, la percepción del keynesianismo como un planteamiento eminentemente conservador no siempre estuvo en boga. Un estudio acucioso del clima intelectual de la década de los años treinta en Estados Unidos, nos revela un panorama completamente distinto a lo que podríamos haber pensado inicialmente.

³ Para mayores detalles, véase el ensayo de James Tobin publicado en Hamouda y Price (1988).

⁴ Nos referimos al libro de Marc Linder, titulado sugestivamente *AntiSamuelson*.

En efecto, en la turbulenta década de los años treinta, Estados Unidos experimentó diversos y significativos acontecimientos que modificaron el rumbo por el que ese país transitaría en los cincuenta años posteriores. Se presenciaron combates acérrimos en los terrenos de la política, la ideología y la academia que hicieron que los años treinta dejaran una profunda marca en la historia intelectual de dicho país y en sus instituciones. Como se recordará, el *New Deal* rooseveltiano enfrentó al gobierno con amplios sectores de la comunidad empresarial estadounidense y, aun en el ámbito académico, se sembrarían las semillas de apasionadas e interminables controversias. En esa década se origina, en lo fundamental, el punto de vista político de la derecha estadounidense según el cual el keynesianismo es sólo una variante del comunismo, ambos agrupados bajo el concepto de pensamiento colectivista, al que por principio se opone.

La década de los años cuarenta extiende la polarización ideológica y política, debido a que la Segunda Guerra Mundial, como toda contienda bélica, fortalece al Estado por múltiples medios y le imprime un fuerte impulso a las políticas intervencionistas. A partir de ello, resulta comprensible que la derecha estadounidense se ubique necesariamente en una posición defensiva. En consecuencia, ésta criticará y objetará como nunca todas aquellas medidas que se aparten de sus principios básicos del *laissez faire* en todos los ámbitos.

Por su parte, las universidades han sido con frecuencia lugares en los que se exploran nuevas ideas y en las que se combaten puntos de vista diametralmente opuestos. Uno de los medios principales de transmisión del mensaje keynesiano, como sabemos, lo fueron las universidades. De Cambridge, Inglaterra a Cambridge Massachusetts y de ahí hacia los centros de toma de decisiones de las autoridades federales, es decir, hacia Washington. Sin embargo, dicha cadena de transmisión no estuvo, como no lo estuvieron los otros ámbitos en que se proyectó el keynesianismo, carente de tensiones y enfrentamientos. A continuación intentaremos reconstruir, a grandes trazos, un episodio político e ideológico que ilustra la dureza del enfrentamiento organizado por la derecha estadounidense y que llevó a la debacle al primer libro de texto de orientación keynesiana.

4. Lorie Tarshis, pionero de la tercera revolución keynesiana

Aun cuando muchos economistas consideran al libro *Economía* de Paul Samuelson, publicado en 1948, como el primer libro de texto que propagó las ideas keynesianas, cabe aclarar que no es verdad. Corresponde a un economista canadiense, el profe-

sor Lorie Tarshis, el mérito de haber sido el pionero en escribir un libro de texto introductorio, concebido desde la perspectiva del pensamiento keynesiano.⁵

En 1947, con el sello editorial de Houghton and Mifflin, el profesor Lorie publicó *Elements of economics*, un libro de setecientas páginas en donde se cubrían con amplitud las ideas de la macroeconomía keynesiana, así como se daba cuenta pormenorizada de los avances en el campo de la microeconomía: la competencia no sólo era perfecta, sino también podía ser imperfecta.⁶ Lo anterior podría ser considerado irrelevante por parte de un estudioso contemporáneo de la teoría económica, ya que los tópicos mencionados constituyen en la actualidad una temática estándar de la mayoría de libros introductorios de Economía. No obstante, la dimensión del desafío se percibe cuando se recuerda que en el momento de la publicación de la obra, los libros de texto abordaban con exclusividad a los mercados monopólicos y al de competencia perfecta y apenas si trataban asuntos vinculados a la macroeconomía.

El propio profesor Tarshis relata que durante el primer año las ventas de su libro se incrementaron aceleradamente, ya que fue adoptado como texto por un gran número de universidades de Estados Unidos. Sin embargo, posteriormente, sobrevino el virulento ataque de la derecha estadounidense. Al poco tiempo de haberse publicado el libro, apareció una dura reseña negativa escrita por Rose Wilder Lane, entonces editora de *Review of Books*, del Consejo Económico Nacional, presidido por Merwin K. Hart.

El asunto no quedó en una simple reseña en extremo adversa, sino que fue el inicio de una importante campaña de desprestigio para el autor y su libro. Los directores de universidades que lo habían aceptado, recibían cartas solicitando dar marcha atrás y rechazar su adopción. Incluso se demandó a las autoridades de Stanford, Universidad en la que Tarshis trabajaba en ese momento, para que se le removiera de su puesto como catedrático. Los ataques en la prensa aumentaron, dando como resultado que un buen número de universidades cediera a la presión. Afortunadamente para Tarshis, el presidente de Stanford resistió el embate y aquél pudo mantener su puesto.

De los múltiples ataques, destaca el que emprendiera William Buckley Jr. en su libro *God and man at Yale*, subtítulo *The superstitions of academic freedom*, en el año de 1951. En ese libro Buckley realiza una dura crítica, de espectro amplio, a las ideas radicales que consideraba campeaban por ese entonces en la Universi-

⁵ La primera revolución keynesiana es la teórica, la segunda es la de la política económica y la tercera es la revolución pedagógica, es decir, la desarrollada a partir de los libros de texto keynesianos.

⁶ Al respecto, fueron decisivos los trabajos de Joan Robinson y de Edward Chamberlain.

dad de Yale, en la que incluye al profesor Tarshis y el contenido de su obra. El profesor Tarshis siempre consideró el tratamiento recibido de parte de William Buckley como una virulenta provocación, en la que sus ideas se distorsionaban de mala fe y se le hacía decir cosas que no habían pasado por su mente.

Sin embargo, a partir de los trabajos que al respecto elaboraron David Colander y Harry Landreth, es posible sostener que el profesor Tarshis en alguna medida exageraba respecto al grado de distorsión de sus ideas realizado por Buckley, y que la verdadera razón del ataque podría encontrarse en el ámbito del enfrentamiento ideológico de la época.⁷ Aunque Buckley en su *God and man at Yale* hubiera sido en extremo escrupuloso en su manera de citar a Tarshis, las divergencias permanecían y daban cuenta del profundo abismo que separaba a ambos autores.

William Buckley Jr. representaba a la corriente de pensamiento que considera que la intromisión del gobierno en la economía, y en los demás ámbitos de la vida de las personas, era en sí misma inadmisibles. Pensaba que el mejor sistema económico era aquel regulado automáticamente por los mercados libres. En este sentido, para Buckley la mejor opción monetaria era el patrón oro y la mejor actuación del gobierno se sintetizaba en el presupuesto equilibrado.

Por su parte, el profesor Tarshis estaba convencido que la lección económica fundamental que se desprendía de los duros años de la Gran Depresión, era una en la que el gobierno no debería permanecer inactivo ante los profundos vaivenes de la actividad económica. De manera clara, el profesor Tarshis consideraba que el objetivo del estudio de la economía era dotar al economista de los instrumentos necesarios para mejorar el bienestar de la población. Incluso Tarshis se refería al gobierno, con la ingenuidad de los keynesianos de la primera época, como “representante del bien común”.

4.1 El apoyo financiero a las universidades y la libertad de expresión

William Buckley Jr. se quejaba de las ideas expuestas en el libro de Tarshis, porque eran diferentes a las que habitualmente se impartían en los cursos de economía de las universidades de Estados Unidos. Y tenía razón al señalar la enorme diferencia que se abría con la incorporación del texto a los estudios universitarios, y en su estrategia bélica solicitaba la intervención de los donantes que contribuían con recursos financieros para apoyar a las universidades del país.

En condiciones normales, ese financiamiento no representa mayor peligro para la libertad de expresión existente en ellas, como resultado de una suerte de

⁷ Véase al respecto Colander y Landreth (1996).

inercia, en la que los donantes no analizan con detalle exhaustivo las actividades de la universidad a la que apoyan para saber si continúan proporcionando o retiran sus contribuciones. Podría pensarse que la información que se obtendría como resultado de un escrutinio minucioso resultaría muy costosa y, por lo tanto, las detalladas pesquisas no llegan a emprenderse.

Sin embargo, la situación que se vivía respecto del libro de Tarshis después de la reseña crítica de Rose Wilder Lane y de la aparición del libro de Buckley, distaba mucho de ser habitual o normal. Existía el caldo de cultivo para un escándalo académico y político de dimensiones nacionales, en el cual entraban en colisión dos formas antagónicas respecto de lo que se consideraba la manera adecuada de organizar la vida social misma. Por tanto, los donantes empezaron a ejercer la presión que sus recursos financieros les permitían, logrando que las universidades que habían adoptado el libro lo rechazaran.

4.2 La aversión contra Tarshis y el ascenso del libro de Samuelson

El propio Tarshis sugiere una explicación sobre el fuerte y súbito rechazo de su libro, en donde es enfático al afirmar la falta de disposición del sello editorial (Houghton and Mifflin) para defenderlo, en razón de la escasa experiencia que dicha editorial tenía, en ese entonces, en el área de libros con tema económico. Situación que no se dio en el caso, según él, de Samuelson publicado por la editorial McGraw-Hill, la cual contaba con una vasta experiencia en ese aspecto. De acuerdo con esta explicación, tendríamos el caso de dos editoriales con distintas habilidades y empeños para defender sus productos en el mercado. Sin embargo, la explicación no resulta convincente, si suponemos que la obtención de utilidades es, en general, el propósito central de la actividad empresarial. Tal vez otras razones contribuyen a explicar de manera más adecuada los acontecimientos referidos.

Otra respuesta posible es que el libro de Tarshis fue el primero con orientación keynesiana y, en consecuencia, pudo haber sufrido el cruel destino de aquellas obras que libran una batalla, situados en la primera línea: son fácilmente exterminados y contribuyen a mejorar las posibilidades de éxito de quienes están situados en segunda o tercera línea.

Otra razón del encono contra Tarshis podría ser que éste se encontraba plenamente identificado en términos políticos por sus adversarios, para ellos era un keynesiano, alguien perteneciente al detestado pensamiento colectivista. No olvidemos que el profesor Tarshis había sido coautor del libro *An economic program for american democracy* de 1938, considerada como una obra que había suscitado

un gran revuelo político en su momento. Mientras tanto, Paul Samuelson se presentaba como un científico y, hasta antes de la aparición de su *Economics*, había sido un difusor secundario del pensamiento keynesiano e incluso en la década de los años treinta, según argumenta Tarshis, no había llegado a transformarse.

Una razón adicional es el estilo con el cual fue elaborado el libro de Tarshis, este resultaba más polémico que el del propio Samuelson, el primero dejaba traslucir su apasionamiento por las ideas que sustentaba, mientras que el segundo aparecía relativamente como más sobrio y mesurado, con más fórmulas matemáticas y mayor número de gráficas. El autor hacía numerosas consideraciones de política económica, llegando a un buen número de conclusiones que terminaban por exacerbar a sus críticos.

En suma, los acontecimientos y reflexiones antes expuestas, constituyen un episodio importante de los avatares de lo que hemos denominado la tercera revolución keynesiana, es decir, una revolución pedagógica impulsada por los autores de libros de texto, influidos por las ideas de John Maynard Keynes.

4.3 Lorie Tarshis: un keynesiano de izquierda

El profesor Tarshis (1911-1993), nacido canadiense y naturalizado estadounidense a principios de los cuarenta, desarrolla una importante carrera profesional, en la que se cuenta haber sido miembro destacado del círculo de J.M. Keynes en el periodo preparatorio de la *Teoría general*. En 1932 Tarshis parte de la Universidad de Toronto, Canadá, en dirección a Cambridge, Inglaterra, lugar donde permanece por cuatro años. En ese centro de estudios superiores británico, además de formar parte, como hemos señalado con anterioridad, de los seguidores cercanos de Keynes, redacta la serie más completa de notas de los seminarios impartidos por éste último, que permiten rastrear la evolución de las ideas del autor de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*.

Posteriormente, se traslada a Estados Unidos para formar parte del personal académico de la Universidad de Tufts, cercana a la Universidad de Harvard, estableciendo así estrecho contacto con los jóvenes académicos keynesianos, algunos de los cuales regresaban de realizar estudios de economía en Cambridge, Inglaterra.

Sin embargo, la cercanía con Keynes y su adopción del mensaje fundamental keynesiano, no implicó para el profesor pretender ser una suerte de réplica perfecta de las ideas de su maestro. Por el contrario, Tarshis adoptó la posición política e ideológica de lo que podría ser designado como un keynesiano de iz-

quierda. Esto último implica, en nuestra época, como lo ha dicho un escritor amigo de Tarshis, formar parte de una especie en vías de extinción.⁸

¿Qué significa ser keynesiano de izquierda? Como en todos los análisis de la llamada geometría política, se necesita contar con un punto de referencia. De acuerdo a ello, diremos que esta categoría consiste en ubicarse, en el espectro político e ideológico, a la izquierda del propio Keynes. Para Tarshis, el objetivo del estudio de la economía consistía en entender el funcionamiento del sistema económico y lograr el mejoramiento de las condiciones de vida de la gente, en particular de la más desprotegida. Por lo tanto, no era un keynesiano, como muchos otros, que se conformara con desarrollar y utilizar los instrumentos de la política económica para estabilizar al capitalismo en las proximidades del llamado nivel de pleno empleo.

Para Keynes, la consecución del pleno empleo, es decir, el hacer funcionar al capitalismo en un nivel satisfactorio, representaba una imperiosa necesidad política para salvar al capitalismo de su destrucción. Para Tarshis el desempleo masivo constituía no sólo una muestra del mal funcionamiento del sistema, sino el reflejo de un orden social injusto. En este sentido, no sólo percibía a la *Teoría general* como una revolución teórica, sino como la justificación de un nuevo diseño social en la que el sistema funcionara en beneficio de los desprotegidos.

Sin embargo, nuestro autor no se consideraba a sí mismo como un socialista, ya que no pretendía impulsar ninguna revolución que cambiara de raíz el orden social existente. Era en cambio un intervencionista decidido que apostaba por una tercera vía, diferenciada tanto del capitalismo del *laissez faire* como del socialismo o del comunismo. Por lo tanto, rechazaba airadamente los ataques de la derecha estadounidense, los cuales pretendieron, particularmente en los años treinta y cuarenta, presentarlo como un extremista que intentaban implantar una sociedad de índole colectivista.

Respecto de las diferencias con Keynes, debemos recordar que la Segunda Guerra Mundial llevó a éste a posiciones que, presumiblemente, no habría adoptado de no ocurrir la contienda bélica. En su libro, *How to pay for the war*, publicado en 1940, Keynes proponía para los propósitos del financiamiento bélico que el gobierno obtuviera empréstitos forzosos, mismos que regresarían al público en forma discrecional, de acuerdo a las condiciones en que se encontrara la actividad económica. Lo anterior le habría conferido al gobierno un poderoso instrumento para regular el nivel agregado del gasto, en la dirección que deseara, constituyendo

⁸ Su amigo es Melvin W. Reder, quien escribe un breve recuerdo de Tarshis recopilado en Hamouda y Price (1998).

la virtual socialización del ahorro y de la inversión por un periodo indefinido de tiempo.

La diferencia esencial entre Keynes y los keynesianos de izquierda, consiste en que lo que el primero proponía como resultado de una lamentable coyuntura como era la guerra, los segundos lo consideraban como necesario bajo cualquier circunstancia y no dudaban de proponer la existencia de controles de precios y salarios como instrumentos sistemáticos para hacer viable el contexto de socialización del ahorro y de la inversión.

En suma, la posición de los keynesianos de izquierda se centraba de manera abierta en la necesidad de corregir, a favor de los desheredados, la distribución de la renta generada de manera automática e injusta, por el sistema capitalista. Si para ello el gobierno tenía que intervenir en el proceso económico, dicha intervención resultaba bienvenida. Felizmente para los keynesianos de izquierda, la revolución keynesiana había proporcionado los instrumentos y la justificación necesaria para llevar adelante dicho programa político. Además, como todos, los keynesianos de la primera época compartían la creencia de que un gobierno democráticamente electo sería el representante del conjunto de intereses de la población, sin reparar en que aún los gobiernos democráticos pueden tener una agenda propia, con intereses particulares, que pueden diferir de los intereses de la población en su conjunto.

5. El pensamiento económico prekeynesiano

En los años previos a la aparición de la *Teoría general* de Keynes, predominaba en las escuelas de economía de las universidades estadounidenses, un conjunto de ideas que explicaban el funcionamiento del sistema económico. Esta explicación sistemática o modelo económico, estaba fincado sobre principios básicos aceptados por un gran número de economistas profesionales, los cuales constituían una ortodoxia. Algunas de estas ideas provenían de la tradición clásica de la economía, al mismo tiempo que se habían incorporado ideas y conceptos nuevos, conformándose un nuevo modo de pensar sobre la economía denominado modelo económico *neoclásico*. En los párrafos siguientes expondremos a grandes trazos cómo los economistas keynesianos, a los que alude el presente trabajo, concebían al modelo económico prekeynesiano predominante en los centros de enseñanza norteamericanos.

El punto de partida prekeynesiano consistía en que el funcionamiento libre de los mercados permitía la asignación eficiente de los recursos a disposición de la sociedad, por lo que cualquier interferencia en su funcionamiento, ya fuera por parte del gobierno o de los sindicatos, resultaría en una inevitable pérdida de

bienestar para el conjunto de la población. En esta línea de argumentación, se daban numerosos ejemplos de cómo los mercados interferidos, mediante el establecimiento de precios distintos a los de equilibrio, o a través de restricciones cuantitativas o de subsidios, redundaban en situaciones que conducían a la reducción de los niveles de vida de la gente y a la disminución del grado de eficiencia con que funcionaba el sistema económico.

Por si fuera poco, se sostenía que con frecuencia los gobiernos lograban resultados contrarios a los que de manera explícita afirmaban buscar. Por ejemplo, en la bien intencionada lucha por abatir los índices de pobreza, los gobiernos terminaban interfiriendo torpemente en los mercados, propiciando el crecimiento de una burocracia parasitaria que consumía improductivamente los recursos de los contribuyentes y empeoraban la situación inicial de quienes deseaban ayudar.

En cuanto al funcionamiento global del sistema, los economistas estadounidenses prekeynesianos se preocupaban realmente poco. Con excepción de los choques externos adversos al sistema, por ejemplo malas cosechas o desastres naturales, absorbidos finalmente y corregidos oportunamente por los mercados no interferidos, el comportamiento global del sistema no se consideraba un problema en sí mismo. En suma, el ciclo económico derivado de las perturbaciones externas negativas al sistema no requería de ninguna intervención gubernamental, sino de la paciente espera a que los mercados revirtieran el impacto adverso y logaran asimilarlo.

La posibilidad de que la demanda agregada pudiera ser insuficiente respecto de la oferta agregada y que en consecuencia se produjera un desempleo involuntario, quedaba excluida del marco teórico de los economistas prekeynesianos. Estos se situaban en la perspectiva de la llamada Ley de los Mercados de Say, en la que todo el ingreso generado en la actividad económica terminaba siendo gastado, ya fuera como gasto de consumo o de inversión en la adquisición de la oferta global de bienes y servicios. En los párrafos siguientes explicaremos cómo se resolverían, en la perspectiva neoclásica prekeynesiana, diversos desajustes que podrían poner en entredicho la validez de la Ley de Say.

El primer desajuste podría provenir de que el nivel del ahorro global de una economía excediera el monto de la inversión global que deseara realizarse, por lo que existiría necesariamente una deficiencia de demanda agregada en la economía y por ende se daría un desempleo de índole involuntaria. El desajuste referido se resolvería automáticamente, ya que en un mercado libre de fondos prestables, el exceso del ahorro respecto de la inversión haría que la tasa de interés se redujera con rapidez hacia el nivel en donde volviera a equilibrarse dicho mercado. De esta forma, la demanda agregada volvería a situarse en un nivel compatible con la oferta agregada, en el cual se alcanzaría el pleno empleo de la economía.

El segundo desajuste proviene acaso de que el salario real fuera demasiado alto para equilibrar al mercado laboral, dando como resultado un exceso de oferta de trabajo. Una vez más los economistas prekeynesianos confiaban en el funcionamiento eficiente del mercado laboral libre, ya que el exceso de oferta de trabajo lograría reducir el salario real, y con ello equilibraría nuevamente a este importante mercado. El resultado del ajuste automático del mercado laboral sería, como lo mencionamos en el párrafo precedente, la recuperación del pleno empleo de la economía, en donde podrían trabajar todos aquellos que desearan hacerlo al nivel salarial real determinado por dicho mercado.

La existencia de una economía monetaria y no de trueque, parecía no representar problema alguno en la perspectiva aludida, debido a que la función básica de la moneda consistía en servir como medio de cambio. Al mismo tiempo, la posibilidad de que la moneda pudiera servir como medio de atesoramiento, era virtualmente excluida por considerarse propia del comportamiento anómalo del avaro, quien prefiere acariciar sus monedas a recibir un interés bancario por sus recursos.

A partir de las consideraciones anteriores, podemos establecer los rasgos centrales en que se basaba la actividad gubernamental reconocida como necesaria por el pensamiento económico prekeynesiano. Después de sostener que, en general, la intervención del gobierno resultaba dañina para la eficiencia del sistema y, como hemos visto, contraproducente respecto de los objetivos explícitamente perseguidos, se aceptaba un programa mínimo de tareas que el gobierno debería realizar. A la manera de Adam Smith, la ortodoxia prekeynesiana reservaba a dicha institución las funciones de defensor de la seguridad externa e interna de una nación, la de administrador del sistema de justicia y responsable de cualquier otra actividad que el sector privado no pudiera o no quisiera realizar.

Como el cumplimiento del anterior programa mínimo necesitaba ser financiado de alguna manera, la única forma sana que se aceptaba para hacerlo era a través de la recaudación impositiva. Sin embargo, ésta no debía exceder ni quedar por debajo de los requerimientos del gasto, por lo cual se estableció la fórmula estricta del presupuesto gubernamental permanentemente equilibrado. Dicha fórmula pretendía subrayar el carácter sólido y responsable de la conducción de un gobierno en relación con los asuntos públicos. Obviamente, las situaciones de emergencia producidas por las guerras eran las únicas excepciones admitidas a estas reglas de buen comportamiento. Sin embargo, al concluir el conflicto bélico, el gobierno, prudentemente, iniciaría de forma gradual la reducción del monto de la deuda pública acumulada en el periodo bélico, a través de superávits presupuestales creados para tal efecto.

De acuerdo con la línea de pensamiento expuesto hasta ahora, en el campo internacional el mejor sistema monetario posible para el conjunto de naciones, debía ser uno en donde los ajustes se dieran de manera automática, es decir, uno en donde la mano sucia de los gobiernos se encontrara ausente. Para el pensamiento prekeynesiano ese sistema no podía ser otro que el basado en el oro. El patrón oro internacional, sustentado en la cantidad de dicho metal que cada país poseyera, impedía las expansiones arbitrarias de la oferta monetaria y los consiguientes procesos inflacionarios que dañaban el funcionamiento eficiente del sistema económico.

Asimismo, se confiaba en que el patrón oro internacional lograría los ajustes automáticos de las balanzas externas de los países participantes, sin que los gobiernos se encontraran en la necesidad de afectar correctivamente los flujos de comercio y de inversión. El país con balanza externa superavitaria experimentaría entradas de oro, lo que inflaría automáticamente su oferta monetaria, propiciaría el alza de sus precios y salarios y con ello perdería competitividad y su nivel superavitario inicial reduciría paulatinamente. Por su parte, el país con balanza externa deficitaria recorrería el camino inverso. Los pagos en oro al exterior implicarían la reducción de su oferta monetaria, la consecuente disminución de sus precios y salarios, la recuperación de su competitividad y el ajuste paulatino de su nivel deficitario inicial.

De esta manera, al respetarse las condiciones del patrón oro, habría un ajuste simétrico de las cuentas externas hacia el equilibrio, sin ser necesario que los gobiernos tomaran medida alguna, con características proteccionista o de cualquier otra índole.⁹

6. Las ideas keynesianas en los años treinta

Durante la primera mitad de la década de los treinta, las ideas de J. M. Keynes maduraron respecto del funcionamiento económico del sistema capitalista, las cuales fueron expuestas en la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Dicha obra fue el resultado de largos debates que Keynes sostuvo con un grupo de jóvenes colegas y estudiantes que acudían en esos años a Cambridge, Inglaterra, para realizar sus estudios de posgrado. La opinión unánime, tanto de adeptos a las ideas keynesianas como de sus críticos, es que la obra de Keynes es un texto de difícil lectura, densa y oscura en muchas partes de su argumentación. Sin embargo,

⁹ El lector habrá notado que el mecanismo de ajuste anterior corresponde a un tipo de cambio fijo. Con tipo de cambio flotante, la moneda del país superavitario se apreciaría y se depreciaría la del país deficitario. El primero perdería competitividad, mientras el segundo la ganaría; la tendencia hacia el equilibrio de las balanzas externas también estaría presente bajo esta modalidad cambiaria.

los jóvenes keynesianos que estuvieron cerca de la fuente de irradiación de las nuevas ideas, no se intimidaron por las dificultades que presentaba la obra más polémica de Keynes y la recibieron con gran entusiasmo.

Para muchos economistas jóvenes, los años de la Gran Depresión constituyeron un enérgico y angustiante llamado a buscar una explicación diferente de los terribles acontecimientos que se vivían, así como una solución pronta que permitiera lograr una recuperación permanente. Ante la opinión de muchos de sus maestros que eludían el tema, o bien pedían dejar que la economía se ajustara por sí sola, los jóvenes economistas keynesianos estaban dispuestos a saltar muchas de las barreras que se oponían a la consecución del pleno empleo. Para estos últimos, los preceptos del patrón oro internacional y del presupuesto gubernamental equilibrado, perdían su respetabilidad y se volvían obstáculos a vencer. En este ambiente intelectual y anímico de fervientes búsquedas, las ideas keynesianas se desarrollaban y ganaban para su causa un gran número de adeptos.

El mensaje central de la *Teoría general*, de acuerdo con la percepción de los keynesianos de los años treinta, es que el capitalismo no dispone de un mecanismo automático eficiente que sea capaz de mantener al sistema en el equilibrio de pleno empleo. Es decir, el capitalismo vivía en forma permanente el peligro de quedar atrapado en una situación de equilibrio con amplios márgenes de desempleo (involuntario), sin que operaran las fuerzas que lo dirigieran en forma ágil hacia el equilibrio con pleno empleo. La magnitud de la herejía keynesiana se puede percibir recordando que para la ortodoxia prevaleciente la idea misma de un equilibrio con desempleo involuntario era un contrasentido. Para esta ortodoxia el único desempleo posible era el voluntario, mismo que desaparecía conforme los trabajadores aceptaran menores salarios reales, y de esta manera aumentara el empleo hasta alcanzar su nivel pleno.

Sin embargo, los keynesianos concebían un funcionamiento distinto de la economía. El equilibrio con desempleo no sólo podía ocurrir, sino convertirse en la fatídica norma y el pleno empleo en la excepción. Sus objeciones al pensamiento económico prevaleciente eran de fondo y en consecuencia a floraban, entre la visión antigua de la economía y la nueva, diferencias significativas, tanto en el terreno teórico como en de la política económica. Una de esas diferencias centrales se encontraba en el papel que cada escuela le asignaba a la moneda, por lo cual conviene detenernos en este aspecto.

Para la ortodoxia dominante la moneda era importante, fundamentalmente porque hacía más eficiente el intercambio mercantil, respecto de lo que ocurría el trueque. Además, la cuantía de dinero en circulación permitía establecer los valores nominales de la economía, no así los reales, siendo estos últimos determinados por

las condiciones prevalecientes en el mercado de trabajo. Sin embargo, los keynesianos buscaban una teoría económica en la cual la moneda no apareciera desligada del proceso productivo mismo, es decir, intentaban crear un modelo económico sin dicotomía entre una esfera real y otra monetaria. Como lo dice el subtítulo de la *Teoría general*, pretendían formular una “teoría monetaria de la producción”, en donde la moneda dejara de ser neutral, es decir, dejara de tener un papel irrelevante respecto de la determinación de las variables reales.

Desde la nueva perspectiva teórica, el proceso productivo se realizaba en un contexto en el cual “el pasado es irrevocable y el futuro es incierto”. Ante tal marco de incertidumbre, que no debe confundirse con el concepto de riesgo, la moneda cumple un papel muy especial y decisivo. Para los keynesianos, la moneda es el vínculo entre el presente y el futuro, así como el medio de mitigar los azotes de la incertidumbre. Para decirlo con palabras tomadas de la psicología, la moneda es nada menos que “el objeto del deseo”.

En consecuencia, cuando la incertidumbre se agudiza y los agentes económicos recurren al atesoramiento de la moneda, como protección frente a sus miedos y temores, la economía comienza a marchar mal con todas las calamidades que esto entraña. La liquidez se vuelve insuficiente para el mundo de los negocios, las tasas de interés se elevan, sufre la inversión, cae la demanda agregada y aparece la tan temida depresión económica. La moneda, ese objeto del deseo, es también aquello que la gente no encuentra en cantidades suficientes, las que deben ser proporcionadas eficientemente por el banco central de cada país. Como se puede observar, esta función regulatoria de una demanda cambiante por la liquidez, no puede ser llevada a cabo bajo el patrón oro, ni bajo ningún otro mecanismo automático alternativo.

Para los keynesianos, era vital que el gobierno estuviera dispuesto a compensar las reducciones de la demanda agregada que, por cualquier motivo, se presentaran en una economía. El instrumento a utilizar era en el fondo irrelevante, pero como se creía que la situación prevaleciente en los años treinta correspondía a la de una “trampa de liquidez”, quedaba descartado por razones coyunturales el uso de la política monetaria. Por ese motivo, la política fiscal pasó a ser el centro de atención de los keynesianos de la primera época y en torno a ella se hizo todo tipo de consideraciones y de desarrollos matemáticos, como por ejemplo las diferentes clases de “multiplicadores del gasto”.

De lo anterior se desprende que la creencia en un “presupuesto gubernamental equilibrado”, fuera objeto de agudos ataques por parte de los keynesianos, así como las críticas a las preocupaciones convencionales sobre la llamada “carga de la deuda pública”. La política monetaria sólo era aceptada en cuanto constituía

un apoyo de la política fiscal, es decir, si resultaba oneroso o difícil financiar el gasto gubernamental, mediante empréstitos del sector privado, entonces el déficit público debía de ser financiado con dinero de nueva creación.

Conclusiones

Las páginas anteriores expresan algunas de las ideas más trascendentes que caracterizaron al pensamiento prekeynesiano y al keynesiano durante los años treinta. Desde sus orígenes, el keynesianismo ha sido objeto de enconadas polémicas. Vili-pendiado por la extrema derecha al considerarlo un sinónimo de comunismo, y denostado por la extrema izquierda, al percibirlo como un intento más por salvar al capitalismo, el keynesianismo sigue siendo en la actualidad una fuente de polémica y reflexión intelectual. Es posible asumir posiciones en pro o en contra de sus planteamientos teóricos, así como de sus recomendaciones de política económica, pero no se puede ignorarlo, tomando en cuenta que es un acontecimiento decisivo en la historia del pensamiento económico contemporáneo. Convencidos de lo anterior, hemos querido presentar al lector una reconstrucción sucinta sobre un segmento de la larga y sinuosa trayectoria de la revolución keynesiana, aquella que comprende su afianzamiento en los Estados Unidos durante la década de los años treinta del siglo pasado. Por supuesto que un panorama más completo de dichas escuelas, de sus similitudes y de sus diferencias, lo podrá encontrar el lector en varios de los textos que se presentan en la bibliografía.

Referencias bibliográficas

- Colander, David and Landreth, Harry (eds.) (1996). *The coming of keynesianismo to America, conversations with the founders of keynesian economics*, England: Edward Elgar.
- Hamouda, Omar F. and Price, Betsey (eds.) (1998). *Keynesianism and the keynesian revolution in America, A memorial volume in honor of Lorie Tarshis*, USA: Edward Elgar.
- Hansen, Alvin H. (1977). *Guía de Keynes*, México: FCE.
- (1964). *Teoría monetaria y política fiscal*, México: FCE.
- Keynes, John Maynard (1985). *La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, England: Macmillan.
- Samuelson, Paul (1998). *Economics*, USA: McGraw-Hill.
- Tarshis, Lorie (1947). *The elements of economics*, USA: Houghton and Mifflin Company.